

Ecce homo



Laura Mintegi

ECCE HOMO

Traducción a cargo de
BEGO MONTORIO



TÍTULO ORIGINAL

Ecce homo

Txalaparta, Tafalla, 2006

TRADUCCIÓN

Bego Montorio

PRIMERA EDICIÓN DE TXALAPARTA

Septiembre de 2009

© DE LA EDICIÓN: Txalaparta

© DEL TEXTO: Laura Mintegi

© DE LA TRADUCCIÓN: Bego Montorio

EDITORIAL TXALAPARTA S.L.L.

Navaz y Vides 1-2

Apartado 78

31300 Tafalla NAJARROA

Tfno. 948 703 934

Fax 948 704 072

txalaparta@txalaparta.com

www.txalaparta.com

DISEÑO DE COLECCIÓN Y CUBIERTA

Esteban Montorio

MAQUETACIÓN

Monti

IMPRESIÓN

RGM

Igeltzera poligonoa, 1 bis, A1 pab.

48610 Urduliz - Bizkaia

ISBN

978-84-8136-554-2

DEPÓSITO LEGAL

BI. 2.477-09

txalaparta



*A quienes he sentido a mi lado
en este largo recorrido*

Le he pedido a Bego que viva conmigo.

Jose me ha pedido que viva con él. No ha dicho que no. Tampoco que sí. Begotxu, tan reservada como siempre. *¿Que viva contigo o que vivamos juntos?*, es todo lo que ha dicho. Le he respondido que es lo mismo, *¿qué importa cómo se formule la pregunta, qué diferencia hay entre vivir conmigo y que vivamos juntos?*

No es lo mismo, la forma en que se plantea la pregunta tiene su importancia, pero él no se ha dado cuenta. No le he respondido directamente. Le he dicho que ya somos mayores. Para qué complicarnos la vida. Estamos bien como estamos, ya no tenemos veinte años, se nos ha pasado el momento y además... para qué.

¿Y quién quiere tener veinte años? No le estoy proponiendo un amor romántico, sino un pacto de convivencia: pasar juntos nuestros últimos años, haciéndonos compañía y ayudándonos.

¿Por qué ahora, por qué no antes?, he preguntado. *¿Ahora, después de tantos años se ha dado*

cuenta de que me quiere? ¿Por qué precisamente ahora?

¡Vaya preguntas! Ahora es cuando quiero vivir con ella. *Porque ahora me he dado cuenta de que siempre has estado ahí, porque es ahora cuando te he visto por primera vez*, he dicho, o algo parecido, no sé muy bien. Parece que no la he convencido, no he debido elegir bien las palabras. Tal vez tenía que haberlo dicho de otra manera, de una manera más romántica.

Porque ahora me necesitas, me ha salido sin pensarlo. Me he quedado mirando al café y le he dado vueltas con la cucharilla para enfriarlo. Jose me ha observado durante un momento, en silencio. He sentido su mirada fija en mí, como si quisiera leerme el pensamiento.

Begoña siempre va directa al grano, sin rodeos, dice lo que quiere decir, aunque resulte cruel y duela.

Durante todos estos años ha tenido ocasiones para proponerme vivir juntos. Me viene a la memoria aquella canción de Antton Valverde: ahora no, porque somos demasiado jóvenes, y luego tampoco, porque no es el momento adecuado, y claro, al final es ya demasiado tarde. Es lo que hace Jose conmigo, plantearme ofertas cuando ya ha pasado el momento. Al burro muerto la cebada por el rabo.

Bego dice que tuvo ocasiones antes y no las aproveché, y me sale con no sé qué historias de un burro y de darle cebada por el rabo. Vamos, que ya es tarde. No le he entendido bien, porque el camarero me estaba preguntando si queríamos tomar alguna otra cosa.

Hombres. Así son los hombres. ¡Justo ahora me tiene que pedir que viva con él! Es curioso. Las cosas se convierten en importantes en el momento en que ellos lo deciden.

¿Cuándo iba a pedírselo? En el instituto, ella salía con Andoni y yo con Lola. Luego me casé, y cuando me separé, ella vivía ya con Iñaki.

Me lo pide ahora. Fuera de tiempo, como siempre. No sé qué responderle. Que no. ¿Pero, cómo decirle que no y al mismo tiempo explicarle que he pasado más de la mitad de mi vida esperando esa pregunta?

Nuestras respectivas parejas no eran el mayor problema, de acuerdo. El obstáculo fue la política, la militancia de ella y mi cabezonería, su excesiva coherencia y mi ambición. El caso es que por una razón u otra la vida nos ha llevado por caminos diferentes.

Ahora quiere otra vida, después de dar tantas vueltas por ahí no ha encontrado nada que lo satisfaga. Por eso me pide que viva con él.

Tal vez me lo haya dicho porque me conoce, y razón no le falta. La necesito, pero no de la manera que ella piensa. No necesito una criada, necesito una amiga. Alguien que me conozca, que sepa de mi vida sin necesidad de contarle todo desde el principio. Bego siempre ha estado ahí. Siempre ha sido mi amiga y no me he dado cuenta hasta hace muy poco. Hasta que recibí la carta. La tengo en el bolsillo. Debería enseñársela, hoy, algún día.

¿Quién me iba a decir que, después de tantos años, me plantearía esa pregunta? Nos separó la vida, nos separó la política, nos enfrentó, nos

colocó en bandos diferentes. Casi siempre hemos llevado vidas paralelas. Y ahora él quiere olvidarlo todo, ignorarlo, esconderlo, obviarlo, y me pide que nos reunamos en un punto común, ¿por qué?, ¿por qué ahora?

No voy a decir que me arrepienta de nada. Matizaría algunas de las cosas que hice, es cierto, pero lo hecho hecho está y admito mis errores, incluso los políticos.

La época más dura fue cuando la construcción del puente.

Si pudiera, borraría algunas cosas, por ejemplo, de aquella época de la construcción del puente.

Los hombres necesitan un espejo, una pared muda que les devuelva su imagen, una pared muda y mentirosa. Un testigo dócil que les diga quiénes son. Yo me he sentido espejo de los hombres. No sé, es una opción que no se toma voluntariamente. Es algo que surge de manera natural. Cumple esa función de reflejo para que el hombre esté contento con la imagen que le devuelve.

Aquella fue una época dura, cruel. Lo que había construido durante años se lo llevó consigo el desastre del puente. Tuve que volver a empezar de cero, me quedé sin nada y tuve que comenzar de nuevo. Afortunadamente ya está superado, pero fue una época verdaderamente dura, porque no solo fue un fracaso económico. Casi al mismo tiempo que el accidente llegó también la ruptura afectiva.

Yo era su amiga. En mi opinión, más que amiga era su espejo. Y ahora... ahora que al espejo le piden que se haga de carne y hueso, no sé

cómo actuar. ¿Acaso hablan los espejos? ¿Tienen oídos y ojos? ¿De verdad desea una amiga o es que ahora en lugar de un espejo lo que necesita es otro mueble? ¿No será que necesita una manta eléctrica, o un horno microondas, o una radio que le hable al oído? No sé cómo actuar en esta situación, hace tiempo que perdí la vocación de ser electrodoméstico.

Se lo he dicho. Le he dicho a Bego que ella no es como Susana. Susana era mi esposa. Bego, mi colega. Susana era el faro que me aguardaba en el puerto, y aunque a fuerza de alejarme acababa por resultar difícil distinguirlo desde el horizonte, siempre estaba allí cuando me acercaba a la costa. Bego en cambio, hubiera podido ser mi compañera de viaje, la que se hubiera atrevido a navegar; no quise embarcarla conmigo, estaba convencido de que podía ser un navegante solitario.

Me ha hablado de Susana, de su mujer. Durante el tiempo que estuvo casado con Susana Ruiz y yo pensaba que si estuviera en su lugar sería la mujer más feliz del mundo. Es evidente que juzgar la relación interna de una pareja basándose en la imagen exterior que proyectan es un grave error. Nadie sabe cómo se comporta cada uno dentro de la pareja.

Tampoco a Susana la embarqué conmigo. La familia y la esposa son una cosa y el trabajo y los amigos otra. No hay que mezclarlas, cada cuál tiene su espacio.

La situación era extraña. En ocasiones, cuando él me hablaba de sus diferencias con Susana, yo sentía complicidad con aquella mujer y, al mis-

mo tiempo, me sentía su competidora. Yo deseaba a su marido, lo quería para mí.

Cuando me casé con Susana no imaginaba una mujer más adecuada que ella para crear una familia. Susana me hacía sentirme bien, me hacía sentirme hombre.

Según lo poco que contaba Susana, el flash inicial se apagó rápidamente, durante los primeros años, como sucede con las colillas cuando te las quitas de los labios y las dejas en el cenicero. Vivir con aquel hombre le resultaba un sufrimiento, era evidente. No se la veía feliz. Decía que yo estaba mejor que ella. Resulta paradójico. La mujer a quien más envidiaba me hablaba de la suerte que tenía yo por estar sola. No he olvidado el día en que lo dijo. Fue en su boda.

También el sexo era intenso con ella. Susana no tenía pudor, carecía de vergüenza, no se ponía límites a la hora de sentir el placer. Me satisfacía totalmente. En la cama era un auténtico volcán, fuego, chispas, llamas.

¡Vaya suerte la tuya!, decía ella, es una suerte ser capaz de estar sola, porque los hombres son hombres, y por muy bueno que sea, un hombre, en el fondo, siempre es un hombre. Y todo eso me lo dijo el día de su boda. El hombre siempre se crea un refugio, me dijo, y es difícil que le haga un hueco en él a ninguna mujer, ni siquiera a su esposa. Susana decía que preferiría no necesitar a los hombres, pero que no podía. Mientras no sienten que hay un compromiso, resultan atractivos; pero en cuanto perciben el compromiso se convierten en animales domesticados, sin fuerza en

las alas, con las garras romas y la mirada enjaulada. Al casarse, el hombre pierde el instinto cazador respecto a la mujer. Y a pesar de saberlo, Susana prefirió casarse y enjaular al cazador antes que correr el riesgo de que escapara.

La acogí en mi regazo como se hace con un gatito abandonado. Y la sensación resultaba agradable. Por primera vez la idea de casarnos no me pareció una locura; me veía a mí mismo como su protector. Por eso le había pedido que se viniera conmigo a Bilbao cuando yo acabé los estudios y a ella le faltaba poco para concluirlos. Y vino.

Al principio, Susana no fue mi amiga. Jose la conoció en Madrid, mientras ambos eran todavía estudiantes. Cuando él terminó ingeniería y a ella le faltaban un par de asignaturas para acabar delineación, Jose la convenció (o lo sugirió ella, nunca he sabido de quién fue la idea) y se vinieron los dos a Bilbao. Susana se fue a vivir a un piso de estudiantes, con otras chicas. No llegó a terminar los estudios porque enseguida se casaron, en la Basílica de Begoña. Yo la conocí cuando vivía en aquel piso, en una de las cenas que organizaron sus compañeras. Fue Jose quien me invitó. Quería que la conociera y le diera mi opinión.

Quería que Bego la conociera. Quería saber su opinión. Hasta ese punto llegaba mi confianza en ella. Además, quería tener el punto de vista de una mujer. Las mujeres saben cómo son las otras mujeres.

No fue fácil darle mi verdadera opinión sin herirlo. Jose no quería conocer mi juicio, lo que de-

seaba era que yo confirmara el suyo. Opinara yo lo que opinara, él ya había tomado su decisión. Le dije que parecía una chica maja. Mitad verdad, mitad mentira. Entonces no me parecía que fuera realmente maja, sin embargo, sabía hacerse querer; daba una imagen amable, cercana. Cuando Jose me preguntó si me gustaba, le dije que sí con un gesto.

A nosotros nos cuesta más adivinar qué hay más allá de las apariencias. No sabemos qué se esconde tras una sonrisa, qué oculta una mirada dulce, qué pueden encubrir unas palabras sencillas. Cuando estamos enamorados, ellas hacen con nosotros lo que quieren.

Un espejo carece de opinión propia; se limita a devolver la imagen que le muestran. Y cuando me habló de Susana, Jose me la describió como una mujer hermosa, inteligente, capaz de conversar sobre cualquier tema, muy interesada en la fotografía (igual que él, ¡qué casualidad!), siempre dispuesta a viajar... Resumiendo, una auténtica joya.

Tal vez pedirle a Bego su opinión sobre Susana no fue muy acertado. Pensándolo ahora, no parece una conducta muy elegante. Se lo pregunté con la misma confianza con la que se lo hubiera preguntado a un colega, sin reparar en que podía hacerle daño. Si se lo hice, en aquel momento ella no lo dio a entender.

Yo no vi nada de aquello. Guapa sí que lo era, y también inteligente, pero no en el mismo sentido que decía Jose. Tenía una habilidad increíble para adivinar qué querían los hombres y le resultaba muy sencillo hacerles creer que tam-

bién a ella le gustaban las mismas cosas. ¿La fotografía? ¡Cómo no! Sin saber mucho sobre el tema, daba el pego repitiendo frases o haciendo preguntas. La técnica es sencilla. Cualquier mujer la conoce. Hay algunas, sin embargo, que tienen hecho un master y Susana era una de ellas, titulada.

Si les hubiera preguntado a los chicos de la cuadrilla me habrían dicho que Susana tenía un buen par de tetas y las piernas largas. Pero para fijarme en eso no necesitaba la ayuda de mis amigos, bastaba con abrir los ojos para darse cuenta de que Susana era hermosa... Lo que yo buscaba era otro tipo de opinión, justamente la que podía darme Bego. Por eso se lo pregunté.

Cuando su relación con Susana empezó a torcerse y acabó el protocolo de la caza, Jose vio claramente que su mujer carecía de conocimientos de fotografía y de cine, y que tampoco tenía disposición para viajar. Aquellas aficiones no eran las suyas. Menos aún cuando nació su hijo, Julen. Al principio el niño resultó una buena excusa, pero más tarde, cuando el niño creció un poco, le fue más difícil justificar su falta de interés por conocer nuevos lugares, su escasa disposición para organizar viajes, su absoluto desinterés incluso para echar una ojeada a los mapas y las guías de viaje.

Los primeros años de casados fueron maravillosos. Pero pronto ella comenzó a aburrirse en casa. Al crecer Julen, la casa empezó a venirle encima. No mostraba ninguna afición, ni siquiera a la fotografía, a pesar de que yo la animaba a practicarla. Yo le decía que era muy madraza,

demasiado protectora, madre a tiempo completo. Y ella me respondía que madre se es en todo momento y para siempre, sin horarios, especialmente cuando los hijos son pequeños.

Fuera como fuese, el caso es que cuando Jose me preguntó mi opinión le dije que parecía una chica maja, y para muchos hombres, seguramente también para Jose, con eso era suficiente. Él no buscaba una compañera, lo que quería era una esposa, y Susana era justamente eso, la esposa perfecta.

No me quejo. Todos queremos una buena madre para nuestros hijos y en ese aspecto podía estar tranquilo, Julen no podría tener mejor madre.

Según dicen, la mujer ideal es aquella que se comporta en la mesa como una dama, en la cocina como una criada y en la cama como una puta. Ideal para los hombres, por supuesto. Pero es difícil encontrar alguien así.

A pesar de intentarlo, me costaba encontrar a la mujer que hubo antes de la madre. Sospecho que a todas las mujeres les pasa lo mismo, que primero son madres y después mujeres.

Tampoco es fácil encontrar el hombre ideal: un hombre sensible, culto, conversador incansable, detallista de día, los siete días de la semana, y marinero o camionero tatuado en la cama, tres o cuatro veces por semana. Hay que elegir, a sabiendas de que los lotes no son completos, es decir, que la pareja es un kit incompleto.

Eso es algo que ignoras el día de tu boda. Y aunque lo supiéramos, nos casaríamos igual, es ley de vida, siempre ha sido así, desde las cavernas hasta hoy.

Cuando Jose se casó dejé a un lado los sueños y los ideales y bajé a la realidad. Celebraron el banquete en la Bilbaina, un club muy elegante.

El mismo día de la boda, los hombres mayores y los amigos casados hacen bromas y pronostican con humor, ¡ay, amigo, ya verás, se acabaron los mimos; ahora empezarás a sufrir el peso de la cadena!

No me quedé metida en casa. Hubo otros hombres, es cierto. Pero él... cómo decirlo, él era quien ocupaba mi mente cuando no pensaba en nadie, su imagen estaba troquelada en lo más profundo de mí, era sinónimo de afecto, encarnaba la materialización del amor que me faltaba; durante años fue una foto fija, el amigo invisible de los niños, aquel que escuchaba en silencio mis monólogos.

Era en broma, pero no es ninguna broma. La exclusividad no es un plato de gusto. Siempre me han atraído las mujeres, todas tienen algo; esa feminidad inexplicable, un encanto difícil de definir. Se adueñan fácilmente de mí, no tienen que hacer gran cosa para conseguirlo. Ser tal como son, decir lo que dicen, caminar como caminan; simplemente, ser mujeres.

Ahora que lo tengo delante recuerdo cómo solía mirar a las mujeres, y yo quería que a mí también me mirara así. Pero cuando me miraba veía en mí una persona, un compañero, veía a Bego, no a una mujer.

Ellas saben más que nosotros. Nos sacan dos horas de ventaja. Saben qué vamos a hacer antes de que empecemos. Y, aun así, creemos que somos nosotros quienes llevamos la iniciativa, quienes deci-

dimos, pensamos que somos nosotros los que elegimos, cuando, en el fondo, nos limitamos a seguir el guión que ellas nos escriben. Hasta después de un tiempo no somos conscientes de ello y, en ocasiones, incluso ni entonces.

La cuestión es que Jose eligió a Susana. Y la eligió con conocimiento de causa, conocía bien el mercado. ¿Cuántas novias tuvo Jose durante los primeros años en que lo conocí? Docenas, sin contar las que seguramente tuvo en Madrid. En sus tiempos de estudiante solía decir que era consciente de no poder acostarse con todas las mujeres del mundo, pero que al menos lo intentaría. Sin discriminaciones.

Bego ahuyentaba a los hombres que se le acercaban, e hizo lo mismo con Andoni, un amigo de la cuadrilla que la rondaba como un moscón. ¡Era un pelma increíble! No la dejaba en paz. Y, en una de estas, empezaron a salir. Yo no lo entendí. No sé que ocurrió después, ni cuándo rompieron. Me fui a Madrid y les perdí la pista.

En aquella época Jose intentaba llevarse a la cama a todas las chicas que conocía, y yo, tonta de mí, decidí que tenía que hacer lo mismo, fue una decisión consciente. Resolví que no me quedaría en casa llorando mientras pensaba en él.

Ella sabía de mis aventuras, no eran ningún secreto. Mis andanzas con las mujeres estaban en boca de todos los de la cuadrilla. Pero las mujeres son más cautas en esas cuestiones, más reservadas.

Lo peor es que no sé para qué. No podría decir si a Jose le dejó satisfecho acostarse con el mayor número de mujeres posible, no lo sé, pero he de

confesar que a mí, acostarme con tantos hombres no me satisfizo en absoluto. A la larga, el efecto que tuvo fue el de inquietarme, descen-trarme. Al principio me gustaba, resultaba exci-tante. Las tretas para atraer a un hombre tienen bastante que ver con el instinto animal, es algo que surge de manera más natural de lo que pen-samos. En el fondo, se trata de una cuestión de técnica: perfeccionar los protocolos de acerca-miento, elegir las frases adecuadas, trabajar el lenguaje no verbal.

A una mujer difícilmente le oirás contar a sus amigas su último polvo. Al menos cuando noso-tros éramos jóvenes no sucedía así, y no creo que las muchachas actuales hayan cambiado mucho en ese aspecto.

El sexo es algo dialéctico, bidireccional. En aque-lla época aprendí mucho, y también me hastié. Aprendí que una puede ser al mismo tiempo maestra y discípula, niña y madame, gata y tigresa. Aprendí que de las dos maneras se pue-de gozar y que en el sexo no hay más límite que el que cada cual se impone a sí mismo. Que no hay más normas que las que los participantes deseen establecer. Fue una época bastante lar-ga, duró unos dos o tres años, agitada y fructí-fera, accidentada, apasionante, dulce, frívola, loca. Hasta que un día acabó todo.

Y hacerlo, lo hacen todos, solteros, casados, jóve-nes y viejos. ¡Si le contara a Bego lo que he vis-to a lo largo de todos estos años! Pero no es el momento. Lo que debería hacer es mostrarle la carta que llevo en el bolsillo, no contarle mi vida sexual.

Un día, al despertarme, me di cuenta de que no sabía qué era lo que me había llevado la noche anterior a la cama de aquel hombre, si el deseo de sexo o el pensar que debería tener ganas de sexo. Cuando me di cuenta de que no tenía respuesta, corté de raíz aquella incesante sucesión de juegos amorosos. Fue así de simple.

Tal vez no todas, pero prácticamente todas las chicas de la cuadrilla estuvieron conmigo. Excepto Bego. Bego no. Acostarme con ella hubiera sido como acostarme con Pello, con Jon, o con una hermana. Con Bego no hubo ni la más mínima insinuación. Tampoco ella sugirió nada. Conocía perfectamente mis andanzas. Podía verlo en su mirada, donde se percibía una especie de complicidad mezclada con cierta reprobación. Me miraba como se mira a un chaval que ha hecho una travesura.

A medida que Jose acumulaba experiencias, yo cosechaba desilusiones con mis amantes. También experiencia, evidentemente, pero no necesitaba acostarme con un montón de hombres para conocerme a mí misma, era consciente de quién era yo antes de que el amante de turno me dijera cómo me veía. Yo no buscaba confidencias de almohada, no necesitaba *stripteases* psicológicos postcoitales. Compartir confidencias con la mirada fija en el techo te desnuda más que quitarte la ropa.

Es difícil de explicar, pero mi intuición me decía que Bego me entendía mejor que muchas de las mujeres que se acostaban conmigo.

¿Por qué, entonces, continuaba acostándome cada vez con un hombre diferente? No lo sé, por

una parte quería probar cuánto placer podía llegar a sentir. Me gustaba vivir el momento, ese momento en el que el orgasmo te nubla la conciencia, ese breve instante en el que pierdes el control, esa chispa, ese momento en el que, vencida, te abandonas, te ofreces en cuerpo y alma al otro.

Nunca hablamos claramente respecto a ese tema. Eran cosas que no se comentaban con una chica. Además, para entenderme con Bego no hacía falta hablar.

No solo era el placer, también me gustaba contemplar una y otra vez esa mirada especial que tienen los hombres en la intimidad. Me gusta ver cómo se les transforma la expresión. El destello de sus ojos cuando se acercan es para mí un espectáculo privado del que me gusta disfrutar. Se supone que ese es su momento de mayor debilidad, cuando están con los ojos entrecerrados, los labios anhelantes, las manos temblorosas, el hombre-hombre al desnudo, y resulta realmente atractivo, porque en esa mirada confusa se adivina que, despojados del poder, son seres desamparados. Es tan dulce cuando un hombre, simplemente un hombre, un macho sin machismos, deja al descubierto el ser humano que es. Me gustan los hombres que son hombres sin necesidad de hacerse los machos.

Los chicos de la cuadrilla hablábamos muchas veces del tema, por supuesto, como suele hacerse entre hombres; *¿así que ayer mojaste, eh?, ¿el coche era pequeño, verdad?, o ¡qué duro es el suelo!* Hablábamos del dolor de rodillas, nos reíamos de ello, bromeábamos sobre lo de tener que

acompañar luego a la chica a casa y el miedo que solía dar el padre.

Lo primero, el simple placer físico, no era lo que más me atraía, sino lo segundo. En el fondo, el límite del placer es algo que pocas veces alcanzamos, pero contemplar la mirada de un hombre en la intimidad es algo que aún me sigue atrayendo. Esa mirada perdida transformada por el placer me proporciona incluso más disfrute que el propio sexo. En ese momento me pertenecen.

Los hombres no somos tan reservados en cuestión de sexo. No diré que me dedicara a alardear, pero tampoco escondía nada. Cuando todo está a la vista, imposible esconderlo. En cuanto veía a una mujer que me gustaba me afanaba en seducirla; eso, hasta que me casé con Susana. A partir de aquel momento, por supuesto, las cosas cambiaron. El deseo no desapareció, pero en cierta manera se apaciguó y, por ella, me mantuve fiel. Más tarde, sin embargo, resultó difícil resistirse a la tentación tan solo por el hecho de estar casado.

Con Jose nunca tuve la oportunidad de saber cómo es su mirada en la intimidad. He pasado años intentando imaginar cómo me miraría mientras hacíamos el amor, cómo me agarraría, qué me diría. He imaginado su olor entre las sábanas. En vano. Los olores pueden recordarse, pero la memoria no puede crearlos.

Pensar que hay hombres de una sola mujer es algo antinatural. El macho tiene una inclinación natural, biológica a multiplicar sus contactos. La monogamia es una invención cultural.

En ocasiones pensaba que para Jose resultaba primordial acumular experiencias, como si eso le proporcionara una mayor puntuación en la escala de la masculinidad. Mi impresión era que se valía de las mujeres para medir su autoestima, que lo que buscaba no era el amor de aquellas chicas, sino simplemente trofeos, como si se tratara de un coleccionista. Me daba la sensación de que en el código genético de Jose había una ecuación congénita y perversa según la cual *vales tanto como aquella a quien consigues*, y que era ese instinto el que lo impulsaba a buscar nuevos encuentros.

Es posible que Bego se preocupe del qué dirán. Resulta evidente que está incómoda; no cesa de dar vueltas al café con la cucharilla. Pero ahora ya no tenemos obstáculos. Los dos estamos libres, carecemos de ataduras.

Las mujeres no medimos nuestra feminidad en función del número de amantes que tenemos, porque la feminidad no se mide en la cama. Ponemos más atención en el protocolo de acercamiento, en la forma de escuchar a la gente, en la planificación previa, en las palabras dichas y oídas, en los gestos significativos. Acostarse es lo último, lo visible, no es imprescindible. Las mujeres, además, no consideran a los hombres un trofeo. Más bien lo contrario. Conozco a demasiadas que se han subestimado y han dedicado toda su vida al hombre inadecuado.

Nosotros somos más primitivos, más bruscos. Nos guía el puro instinto. A las mujeres, las convenciones sociales; tal vez por eso no quiere Bego vivir conmigo, por el qué dirán.

Jose piensa que la relación física no es importante para las mujeres y que le damos más importancia al juego social.

Lo único que podría despertar rumores es nuestra edad, porque tanto su trayectoria política como la mía son ya agua pasada. Todo eso acabó hace ya mucho tiempo y estará olvidado.

No es cierto que nos preocupe lo que diga la gente. A una mujer que ama de verdad, el qué dirán le es indiferente. Por el contrario, muchos hombres tienen pánico a la opinión ajena. De nuevo la contradicción. Es inútil decir cómo actúan los hombres, inútil adivinar qué actitud mantienen las mujeres, inútil igualmente definir qué es ser mujer o ser hombre, y aun así, seguimos hablando de hombres y de mujeres como si en el mundo solo existieran dos tipos de seres. Jose es Jose, y yo soy yo; somos seres singulares, miembros específicos de un género plural.

Entiendo que no pueda decidirse. En ocasiones resulta duro hacerlo. Recuerdo cuando, poco después de casarme y con mi flamante título del ICAI de Madrid en el bolsillo, no conseguía empleo. Tampoco Susana tenía trabajo, así que recurrí a Bego para que me ayudara.

Muchas veces he tenido ganas de preguntarle por qué se casó con Susana, pero ahora, para qué preguntarlo, si ya conozco la respuesta. Le gustaba, de eso no hay duda, pero, sobre todo, Susana era la mujer apropiada, la mujer más adecuada para un joven ingeniero, para alguien que quería estar en primera línea de la competición social.

Bego llevaba tres años trabajando, tenía un buen sueldo en el hospital y la casa de sus padres esta-

ba a nombre de ella. Podía darme el aval que me pedían en el banco. ¿A quién iba a recurrir, sino a ella? A mis padres, ni pensarlos, tenía muy mala relación con mi padre, y entre mis amigos no había ninguno que poseyera el más mínimo patrimonio. Bego, Begotxu, entendería nuestra situación.

Jose necesitaba una garantía para solicitar un crédito en el banco y yo, por supuesto, firmé el aval. Fue la primera vez que lo hice, pero no la última. Años más tarde, cuando tuvo lugar el terrible accidente y lo procesaron, hube de firmar un aval de gran cuantía para que pudiera salir en libertad provisional a la espera de juicio. Luego, tras el proceso, pasó una larga temporada sin conseguir trabajo. ¿Quién le iba a ayudar en aquella situación? Begotxu, claro, aunque entonces hacía ya bastante tiempo que para la mayoría de la gente yo era Begoña. Pero él siempre me llamaba Begotxu, o Gotxu. Y siempre acababa por convencerme.

No tuve que pedírselo dos veces. Le expliqué la situación y ella aceptó inmediatamente. Montar una empresa constructora no es algo barato, y aun más difícil es hacer frente a la primera capitalización. Todos los comienzos suelen ser costosos y tampoco el nuestro resultó sencillo. *Tú dime dónde tengo que firmar y está hecho. Pero no dejes de pagar el préstamo, por favor. ¡Con mi sueldo de enfermera no conseguiría reunir esa cantidad en toda mi vida! Déjalo de mi cuenta,* respondí, *Gotxu, cariño,* y ella firmó. En aquel momento, y en la situación en que me encontraba, creer en mí era cuestión de fe.

¿Por qué le ayudé? No es sencillo explicarlo. En ocasiones pienso que las mujeres somos tontas, fáciles de engañar. Pero no es eso, sabemos cuándo intentan engañarnos, cuándo nos están diciendo lo que queremos oír y cuándo no nos dicen toda la verdad. Sabemos cuándo nos están halagando para conseguir algo y cuándo es de verdad. Sabemos hacer la vista gorda; sabemos cuándo hay alguna garantía, por pequeña que sea, y cuándo actuamos únicamente por fe. Y aun así, seguimos adelante. ¿Por qué? Porque queremos que nos quieran. Así de simple. Y si para ello tenemos que fingir que no vemos, lo haremos; es una manera de conseguir un poco de amor, o algún sucedáneo.

Gracias a aquel préstamo pudimos crear la constructora, humilde al principio, pero que fue tomando fuerza hasta que conseguimos hacernos conocer en el gremio. Entonces me ofrecieron construir el puente y pensé que era la oportunidad perfecta para dar un impulso a la empresa. Si sacábamos el proyecto adelante nos lloverían las ofertas.

Los hombres lo saben, o lo sospechan. Saben que pueden conseguir muchas más cosas de una mujer con un beso que con un golpe. Cuando una mujer se siente querida hace cosas que de otra manera no haría, aunque sepa que es un amor fingido, aunque sepa que se trata de puro interés, aunque sepa que la están utilizando, que pueden tomarla y dejarla cuando y como quieran. *Me quiere, me necesita* se dice la mujer a sí misma, *¿qué va hacer si no estoy yo?*, y se somete a él, pero no por ello abre las puertas a la

humillación. Porque la humillación no es un concepto objetivo. Siempre es subjetivo.

Cuando la empresa se hundió como consecuencia del accidente, tuve problemas para hacer frente incluso a los gastos más básicos, lo que incluía pagar la fianza que me impuso el juez. También entonces Begotxu estuvo allí, la fiel Gotxu, mi San Bernardo salvador, que acude sin necesidad de que lo llames. Ella transmitía confianza y una vez más, no dudó. Me ayudó. Me sacó del agujero. Pero mucho más importante que el dinero fue su amistad, poder contar a alguien cómo me sentía.

En aquella época Jose me necesitaba, y yo sabía por qué recurría a mí. Necesitaba mi dinero. Lo sabía, y aun así me decía a mí misma que no era solo el dinero, que también necesitaba mi amistad, que también me necesitaba a mí. ¡Ilusa! De alguna manera me necesitaba, sí, además de mi dinero necesitaba también mis palabras de consuelo, puesto que la mayoría de sus amigos le dieron la espalda. Cuando un hombre público empieza a oler a cárcel, todo el mundo lo rehuye.

Era extraño no poder explicar a nadie que mis sentimientos eran contradictorios. A Susana no podía decirle nada porque ella era incapaz de comprender cómo me sentí cuando murieron ocho personas a consecuencia del accidente, personas conocidas, convecinos, amigos de la infancia. Siempre actué de buena fe. Jamás pensé que algo así pudiera suceder. Bego, en cambio, escuchó mis explicaciones. No sé si las creyó o no, pero las escuchó. Siempre se lo agradeceré.

Durante el proceso, Jose apareció en todos los periódicos, y tuvo un gran protagonismo. Al principio por ser el elegido por el gobierno para llevar a cabo aquella gran obra pública. Más tarde tuvo que comparecer en los periódicos, radios y televisiones para exponer los argumentos a favor de la obra y responder a las denuncias de los ecologistas, convirtiéndose en el abanderado de una larga y agria polémica. Y, finalmente, tras el terrible accidente, por ser el encausado y supuesto culpable de todas las desgracias.

Yo no fui el único responsable del accidente, y así me lo decía mi entorno más cercano, pero no podía perdonarme aquel error. La estructura del puente se desmoronó y se llevó a todos por delante. Eso fue el principio del fin, el origen de la debacle, la causa de mi ruina.

Se cebaron en quien estaba más expuesto, aunque fueran otros los responsables políticos. Cuando se lo decía, él se enfadaba conmigo. No quería echarle la culpa a nadie y aceptaba toda la responsabilidad. Era honrado, pero si por mí hubiera sido, antes que a él habría llevado ante el juez a otras personas. Personas que supieron esconder hábilmente la mano después de tirar la piedra.

Si hubiera hecho más caso a aquellos informes técnicos no habría sucedido. Pero parecían increíbles, puras exageraciones. ¿Cómo pensar que aquellos informes podían tener razón? No les presté demasiada atención, esa es la verdad. Me equivoqué por completo.

Creo que fue entonces cuando comenzaron los problemas con Susana. O tal vez fuera antes.

Susana se alejó ostensiblemente cuando Jose empezó a salir un día sí y otro también en los medios de comunicación. Pero ya antes había problemas. Jose tenía infinidad de líos amorosos. Líos de una sola noche, pero muchos. Susana lo sabía. Es algo que toda mujer sabe. Pero ella no quería saberlo. No le daba importancia. Dejaba pasar aquellos revolcones que inevitablemente acompañaban al «salir a tomar unas copas». Lo único que preocupaba a Susana eran la discreción y que no repitiera pareja, que no se acostara dos veces con la misma mujer. Que no tuvieran ocasión de pasar de la intimidad física a la intimidad afectiva, a verse como pareja.

Susana se esforzó en tranquilizarme diciendo que debía dejar el tema en manos del gobierno. El gobierno había dado el visto bueno a los informes técnicos oficiales y la responsabilidad política no era mía, sino de los políticos. Que si algún error había cometido yo, era un error de cálculo, una cuestión totalmente aséptica, profesional, por lo que el castigo, de haberlo, debería ser del mismo nivel, proporcionado. Pero yo no era un simple técnico. La responsabilidad técnica implica responsabilidad civil, así que yo le explicaba a Susana que si había cedido a las presiones de los políticos también tenía que aceptar la parte de responsabilidad política que me correspondía. Era algo que ella no entendía.

Sabía de las aventuras de uno y de la resignación de la otra gracias a lo que Susana me contaba en confianza. En ese punto, ambos coincidían en la falta de fidelidad. Para Jose, la fidelidad solo se rompía si el interés subía más

arriba de la cintura. Para Susana, en cambio, no había ningún engaño si nadie más se enteraba. Yo por mi parte creo que la única infidelidad se produce cuando engañas a tu pareja afectivamente, no físicamente. Aunque tu cuerpo esté bajo el de otro hombre, si el sentimiento respecto a tu pareja se mantiene vivo, no se puede hablar de infidelidad. Desde ese punto de visto creo que he sido infiel a todas mis parejas, aunque nunca me haya acostado con otro mientras durara una relación. Pero las he compartido todas con Jose y mi afecto no les ha pertenecido nunca por completo.

Aquellas aventuras carecían de importancia. Eran meras escapadas, puro entretenimiento. No había que darles mayor relevancia. No sé si Susana lo entendía, pero lo aceptaba. Agradecí su postura. Y, aun así, fue eso lo que nos alejó. Yo me sentía solo.

Susana no conocía a mucha gente en Bilbao. Sus compañeras de piso se fueron al terminar los estudios y después no mantuvo el contacto con ellas. Su familia y sus amigos de juventud estaban en Madrid, por lo que su familia era la familia de su marido, sus amigos los amigos de su marido. Más tarde, sus amigos habituales fueron los padres de los amigos de su hijo, pero a ellos no se atrevía a contarles sus intimidades, resulta de mal gusto contar a los del colegio los problemas que tienes con tu pareja. Los grupos de padres que se crean en función de los hijos son un ecosistema muy inestable. Se conoce al mismo tiempo a toda la familia y uno no es ya Carlos o Marisa, sino el padre Arkaitz o la madre

de Olaia. La pareja se diluye en el grupo cuando este se crea a causa de los hijos.

Cuanto más frecuentaba aquellos clubes, más solo me sentía, no conseguía desterrar la sensación de vacío. Necesitaba un apoyo en casa, y allí, el barco había comenzado a hacer aguas. Se hundía a toda velocidad.

Al no poder hablar con confianza con los padres de los amigos de su hijo y no conocer a nadie más adecuado, Susana recurrió a mí en busca de protección, de alguien que le escuchara, o mejor dicho: necesitaba decirle a alguien que aquella imagen de felicidad no era real. Justamente, a mí. *¿Por qué me lo cuentas a mí?*, le pregunté una vez. *Porque eres de confianza; porque conoces a Jose desde siempre, incluso antes de conocerme a mí; porque no se lo vas a decir a nadie; y, finalmente, porque has sido lista y no te has casado.* Con esa última frase me dejé estupefacta.

Entonces yo tenía la sensación de que era inevitable que lo nuestro se rompiera. No hice nada para impedirlo, porque no pensaba que se pudiera hacer nada. No se puede huir del destino.

Susana creía que yo rechazaba a los hombres. No me veía como una competidora. No se le pasaba por la cabeza que también yo podía quitarle el marido. ¡Lo que son la vida y sus paradojas! Ahora Susana está separada y yo tengo frente a mí a Jose proponiéndome vivir juntos, compartir nuestros últimos días.

Susana se iba apagando poco a poco. Los enfados que al principio se producían de vez en cuando fueron siendo más frecuentes y más dura-

deros. Cuando no estaba enfadada aun era peor: se quedaba en silencio y durante largos días no respondía o lo hacía únicamente con monosílabos. Cuando le preguntaba si estaba enfadada, ella contestaba que no, que no lo estaba, pero en su rostro no había ni rastro de alegría y el mero hecho de responder a la pregunta la hacía removerse incómoda en la silla.

No era justo. Tan solo porque en aquel momento yo no viviera con ningún hombre no podía decirme que huía de ellos. Susana era cruel. No, yo no escapaba de los hombres. He compartido mi vida con varios. ¿Cómo podía decir que yo rehuía a los hombres si siempre he vivido sometida a ellos?

Cada vez que me acercaba a casa era difícil predecir con qué Susana iba a encontrarme, si sería la Susana quejosa que encontraba faltas a todo, o la Susana muda, una sombra silenciosa de lo que fue alguna vez. Hubiera sido una sorpresa, una auténtica sorpresa, encontrarme con una mujer alegre que me recibiera contenta. Pero no cabían sorpresas.

Lo más difícil, sin embargo, fue aprender a vivir sin un hombre. Lo ha sido. Finalmente he aprendido. Hace poco. Estos últimos tiempos. Y mira por dónde aparece ahora Jose pidiendo un rinconcito, justo ahora, cuando he conseguido llenar todo mi espacio. ¿Ahora, dónde lo voy a meter? En cierta época tuve que hacerle un sitio a Iñaki en mi habitación. Aquello no resultó complicado. Pero no sé cómo voy a hacerle sitio a Jose en mi vida ya ocupada. Y no sé si deseo hacerlo.

Al casarse, uno jura amor eterno, jura que esa complicidad inicial se mantendrá para siempre. Tendrían que fusilar a todos los sacerdotes por obligarnos a cometer tamaños perjurios sabiendo que es una auténtica temeridad prometer algo sobre una cuestión que no está en nuestras manos.

Hace mucho que decidí que no me quedaría esperando a un hombre. Al principio fue eso lo que más me costó, no estar a la espera, conformarme con lo que tenía, no buscar nada fuera para llenar mi vacío interno, llenarlo de mí misma. Ahora sí, ahora aceptaría que algo he aprendido si Susana me dijera que soy inteligente. Pero no lo he aprendido ni de los hombres ni de las mujeres. Lo he aprendido de mí misma. He aprendido a vivir con ese vacío sin fondo. Parece que Jose intenta ahora llenar algún hueco. ¿Querrá llenar de Bego su espacio vacío?

Lo que más cuesta es mantener la ilusión. Los afectos pueden guardarse. También el recuerdo de lo que fue, ahí está nuestro hijo. Pero la ilusión es difícil de mantener, con el paso del tiempo se va desmoronando, igual que se caen las tetas o el pelo. Es algo natural. ¿Quién puede mantener la misma silueta que a los veinte años, o la misma fuerza de entonces? La ilusión surge con el enamoramiento y tiene fecha de caducidad. No es eterna.

En la época en que mantuve aquella conversación con Susana, en cambio, mi necesidad de afecto no tenía fondo. Estaba hambrienta, necesitada. Mis labios ansiaban besos. Me dolían las parejas de los parques y los finales felices de las

películas, y me enfurecía por haberme planteado como objetivo el espejismo de la felicidad.

No sé qué es lo que hice mal. Con Susana, yo estaba bien tal como estábamos. Tenía problemas en el trabajo, es cierto, pero, ¡quién no tiene problemas en el trabajo! En casa nunca les faltó dinero. Los problemas me los tragué yo, mientras Susana seguía como si nada con sus amigas y sus partidos de tenis. ¿Dónde estaba el problema? ¿Qué les pasa a las mujeres que nunca están satisfechas con lo que tienen? ¡Si al menos supieran explicar qué es lo que quieren!

Empujada por la carencia o por una nueva ilusión, cada vez que iniciaba una relación me diluía en mi pareja. No podría explicar cuánto me gustaba oír a un hombre decir que me quería, fuera cierto o no, mientras me abrazaba. No me importaba que se lo inventara o que mintiera, que lo creyera o no, el caso era que lo dijera. El amor tenía que ser físico; físico, químico y gaseoso. Quería oír, oler, ver cuánto me quería. Tenía que demostrármelo con sus manos, con sus besos, con su mirada, con todos sus sentidos. Él tenía que construir en torno a mí una burbuja de amor, dentro de la cual yo podía vivir con él en cualquier situación, incluso debajo de un puente.

Cuando me casé con Susana estaba convencido de que sería para siempre pero, por supuesto, no esperaba que la relación se mantuviera siempre igual. Cada cosa tiene su momento en la vida, y el amor romántico, necesariamente, tiene un tiempo limitado.

En aquel momento, lo más importante era sacar adelante la empresa. Conseguir clientes, hacernos con proyectos, crear un equipo de profesionales, dar a conocer nuestro nombre en el mercado. La esposa y la familia pasaron a un segundo plano. Había que hacer acopio de fuerzas y centrarlas en un único objetivo. Poner en marcha una empresa es una tarea absorbente a la que hay que dedicar tiempo. Si quería conseguir beneficios, tenía que invertir en ello. No sé si Susana era consciente.

Es cierto que yo vivía sola cuando Susana me dijo aquello, pero tal como lo dijo, me colgó el estigma de la soltería, a pesar de haber vivido durante años en pareja. ¡Lo que es no casarse! Te miran como si fueras androfóbica.

¿Si la propia Susana no sabía qué quería, cómo iba a dárselo yo? En determinado momento dejé de esforzarme en comprenderla. Era demasiado complicado. Para entonces ya me había resignado.

Susana empezó a decirme que sabía que Jose tenía muchas mujeres, pero que a mí podía contármelo porque sabía que conmigo nunca intentaría acostarse. ¡Mira tú qué bien! ¡Bonita forma de pedir ayuda! Y cuando le pregunté por qué no iba a intentarlo, me respondió sin rodeos. *¡Vaya pregunta, Begoña! ¡Las dos sabemos que no eres su tipo! Con eso no quiero decir que no seas guapa, no es eso, pero ya sabes qué estilo de mujeres le gustan... barbies, ya sabes, un poco insustanciales, de risa fácil. Y a ti nunca te tratará como si fueras una muñeca. Aunque seas una mujer tú eres su amiga.*

Aquella resignación me empujó a buscar otras mujeres, pero eso no quería decir nada. No era amor, eran pequeñas escapadas, una forma como otra cualquiera de aliviar tensiones. Estoy seguro de que Bego lo entendería mejor que Susana. Begotxu es capaz de entender esa tendencia masculina, instintiva, primaria, inocente, intrascendente.

...aunque seas una mujer. Por tanto, en opinión de Susana, ser su amiga me capacitaba para pertenecer a su cuadrilla, pero eso mismo me impediría definitivamente disfrutar de su olor entre las sábanas. La amistad se convirtió para mí en una pared, una muralla, la prohibición del placer. Cuántas veces no habré deseado ser una muñeca insustancial, al menos por un tiempo, durante un mes, y descubrir en los ojos de Jose esa mirada húmeda que le provocan las muñequitas, una traviesa mirada que sabía sonreír. No, mi destino era ser su espejo y su amiga. Amiga, espejo, y ahora *aquaplast*, la masilla que rellena los agujeros.

Intentaba ser cauto. Se trataba de encuentros fugaces con mujeres que no volvería a ver. En eso aprendí a ser selectivo, y ponía mucha atención en que nadie se enterara. No quería hacer daño a Susana. La quería, quería a Susana tanto como se puede querer a una esposa. Pero hay cosas que no se hacen con la esposa. Y eso es algo que no necesita explicación. O se entiende o no se entiende, pero no hay explicación posible.

Si sabes que Jose te engaña, ¿por qué no lo dejas? ¿Por qué sigues con él? Me miró sorprendida. No tenía ninguna intención de dejarlo. No le

parecía mal que Jose estuviera con otras mujeres si eso le servía para aliviar la tensión y no pensaba en dejarla a ella. Estando con otras mujeres se sentía más hombre.

A Susana le daba todo lo que podía darle, hacía por ella todo lo que estaba en mi mano. ¿Para quién trabajaba yo, sino para ella? Todos mis esfuerzos los hacía para dar a mi familia una vida mejor.

Cuanto más hombre fuera él, más mujer sería ella. Prefería aquella actitud a la cobardía de un calzonazos. En el fondo, solía decirme Susana, los hombres domesticados que dicen siempre amén a sus mujeres las menosprecian: *en la medida en que ellos dejan de ser masculinos, sus mujeres pierden feminidad*. Jose, en cambio, era masculino, podía elegir entre las mujeres y la elegida entre todas era Susana, la más mujer por tanto.

Hubiera hecho cualquier cosa por ver a Susana más contenta. Indagaba para saber qué podría gustarle y se lo compraba, aunque no fuera ninguna fecha señalada. No había mujer más elegante que ella en el club.

Oyendo a Susana, resultaba comprensible el comportamiento de los hombres. En el fondo, todo los empuja a tener amantes, el entorno, la sociedad, las costumbres, la tradición y la propia esposa; así, todos salen ganando: el buen nombre del marido, su imagen social y el estatus de su esposa.

No he sido mal marido. No he hecho nada que cualquier otro hombre no hubiera hecho. Tampoco es que fuera modélico, pero me atrevería

a decir que en el ranking me he mantenido por encima de la media. Eso es lo que me gustaría explicarle ahora a Bego. Que a mí me corresponde un porcentaje muy pequeño de la responsabilidad de nuestra separación.

Estaba claro que Susana no se preocupaba por los asuntos amorosos de Jose. Los consideraba totalmente comprensibles. Lo que le preocupaba era la posibilidad de haber perdido el atractivo de otros tiempos, de haber dejado de resultar deseable a los ojos de los hombres. Eso me dio qué pensar. También Susana necesitaba una mirada ajena para saber quién era, medía su feminidad en función de las miradas de deseo. Las mediciones de los hombres van parejas a la necesidad de ser medidas de las mujeres.

Puestos a repartir porcentajes, Susana debería reconocer una gran parte de responsabilidad.

Tuve que jurarle que era hermosa, mucho, y que la maternidad no le había cambiado el cuerpo, pero no fue suficiente para ella. *Ya no me mira como antes, decía, ahora parece que me mira con los ojos de Julen. Antes era su muñequita. Ahora, en cambio, me ha situado en algún lugar entre la casa, el trabajo, el niño y el resto de responsabilidades; ahora soy su esposa, una responsabilidad más.*

No perdí el interés. Seguía siendo bonita. Susana no era ya la muñequita de veinticuatro años, lo sé, pero se había convertido en una mujer elegante y hermosa, y me encantaba ver lo buena madre que era con Julen. Durante los primeros años sentía envidia al ver la complicidad que había entre ellos. Les hice centenares de fotografías. Me

emocionaba ver cómo se miraban el uno al otro.
Julen nunca me ha mirado así. Ni lo hará.

En el hospital solemos ver con frecuencia entre las madres jóvenes el síndrome de Susana. Desde que se quedan embarazadas hasta que el niño está ya algo crecido, no se ocupan demasiado de sí mismas. Las madres jóvenes dan, dan todo lo que tienen: sangre, cuerpo, leche, horas, paciencia... El niño tiene prioridad absoluta. En cierto momento se dan cuenta de que no las miran como si fueran mujeres, de que sus maridos no les dirigen miradas de deseo. Les gustaría tener algún asunto amoroso, como medicina para la autoestima, pero se limitan a flirtear, sin llegar más lejos. Todo lo que desean es que alguien se dé cuenta de que hay una mujer dentro de la madre.

Les hubiera dedicado más tiempo, pero no sé hasta qué punto me necesitaban; en aquel pequeño mundo que habían construido entre los dos no necesitaban a nadie más. Además, yo ya tenía suficientes ocupaciones con los asuntos de la empresa.

Estoy segura de que te quiere, Susana, empecé a decir, Jose tiene mucha tensión en el trabajo, le expliqué, lo que le pasa no tiene nada que ver contigo. Él te mira igual que siempre, dije, intentando consolarla, si está con otras no es porque no le gustes físicamente; tienes que entenderlo como una vía de escape. Él piensa que con el niño ya tienes suficiente y no quiere preocuparte más con sus asuntos.

Durante el tiempo en que la empresa marchó bien, los proyectos llegaron a puñados y con-

seguimos ampliar el capital; hasta que nos ofrecieron aquel proyecto y lo aceptamos.

No sé si me creyó. Al menos se quedó más tranquila. Sea como fuere, yo no mentí. Bastaba ver la prensa para comprobar que Jose estaba sometido a una gran presión. Cuando el gobierno decidió construir el puente fue muy criticado por multitud de colectivos. Y más tarde, cuando nombraron a Jose director del equipo técnico, la gente supo inmediatamente a quién dirigir sus dardos. No se criticaba únicamente el proyecto, se cuestionaba también la capacidad profesional de Jose e incluso su dignidad personal.

Me perdieron la ambición, el orgullo y el deseo de fama. Visto desde mi actual atalaya, debía estar loco o enfermo de ambición para aceptar aquel insensato proyecto.

Se sacaron a colación el pasado izquierdista de Jose y su activismo juvenil. Airearon sus posturas de juventud, izquierdistas y rebeldes, por lo que ahora no le perdonaban que quisiera construir aquel gigantesco puente en Urdaibai, entre Busturia y Kanala, justamente sobre la reserva ecológica marina más importante del país; y todo para satisfacer intereses turísticos. El puente sería parte de la autovía de la costa que partiría de Bilbao. La idea era llenar la costa de túneles y puentes en paralelo a la autopista del interior. El trazado de la nueva vía discurría junto al mar para atraer al turismo

Fue el principio del fin. El desastre. Empecé a perder todo lo que había conseguido hasta entonces, la empresa, los amigos, la familia... La propia Bego se alejó de mí y trabajaba activamen-

te en un grupo que se oponía al puente. Me lo contó Susana. Según me dijo, solían verse con frecuencia.

Jose, el ingeniero y jefe de proyecto José Andrés Peralte, que yo tanto y tan bien conocía, era el centro de todas las miradas. No me gustaba verlo todos los días en la prensa, en la televisión, oírlo en la radio. El proyecto del puente no me parecía una buena idea. Hubiera preferido que él rechazara la propuesta. Susana, en cambio, no veía así la cuestión.

Cuando acepté hacerme cargo del proyecto, nadie de mi entorno mostró su oposición, sino todo lo contrario. Los de mi empresa estaban locos de contento, las subcontratas encantadas, y la propia Susana se mostró orgullosa de que me hubieran ofrecido a mí el proyecto del puente. Decía que nos traería fama y dinero.

Cuando Jose empezó a salir un día sí y otro también en la prensa, Susana recurrió a mí con más frecuencia, para charlar. *Dices que no me quiere preocupar y que por eso no me lo cuenta, bueno, pues así será. Pero yo no me opondría. Me parece bien que acepte ese trabajo, además de ganar un montón de dinero, se dará a conocer y eso le traerá más trabajo.*

No supe cuál era la opinión de Bego. A pesar de que ella se reunía a menudo con Susana, yo casi no la veía. Para entonces la empresa me daba ya mucho trabajo y no tenía ni tiempo ni ocasión para hablar con ella. Tampoco valor, a decir verdad.

A mí lo que me molesta es que, con tanto trabajo y tanta historia, ya no salimos nunca a cenar,

hemos perdido nuestra vida de antes, y desde que va con dos o tres guardaespaldas nuestra movilidad se ha limitado mucho. ¡Y no te voy a contar lo que ha influido eso en nuestra vida social! Los conocidos no quieren hacer planes con nosotros. Echo en falta la vida de antes, esa es la verdad.

No, no quería saber la opinión de Bego, podía sospechar lo que pensaba sin necesidad de preguntárselo. El proyecto le parecía mal, muy mal, y peor aun le parecía que fuera yo el director del mismo. Lo cierto es que lo que me atrajo fueron los aspectos técnicos y la posibilidad de ejecutarlo. Quería innovar; técnicamente era un proyecto difícil, y estéticamente me ofrecía la posibilidad de realizar algo espectacular. Tenía que hacerlo yo, no quería que lo hiciera ningún otro.

No sabía cómo explicarle a Susana que Jose había vuelto de Madrid cambiado, y que sus amigos de antes, los que encontró a su regreso de Madrid, no habían cambiado mucho en los últimos quince años. En el fondo, eran los mismos rebeldes de siempre. En su época de universitarios habían participado en muchas batallas, y algunas de esas experiencias resultaron decisivas en sus vidas, difíciles de olvidar. Y al vivir en este país en el que viven, siguen teniendo motivos por los que pelear. Han cambiado las formas, han cambiado los problemas concretos, pero el conflicto de base permanece. La dinámica popular no les ha permitido hacerse los sordos. Todos los días hay algún suceso político, algo que los obliga a dar una respuesta, aun-

que solo sea una opinión. Los amigos de juventud de Jose se mantienen firmes en su ideología de juventud.

Yo no entendía a qué venían las protestas. Es cierto que el entorno era de alto valor ecológico, pero mi intención no era en absoluto acabar con él. La naturaleza y el progreso eran compatibles. Tal vez se perdiera algo, pero también hay que tener en cuenta los benéficos que aporta el progreso. Así pensaba yo. Estaba absolutamente convencido.

En los años que pasó en Madrid Jose dejó de estar alerta y se acostumbró a mirar las cosas desde otro punto de vista; sus referentes políticos se difuminaron, variaron sus prioridades y le resultaba más difícil coincidir con su anterior perspectiva. En su opinión, las ideologías resultaban un obstáculo e imponían, un filtro excesivamente riguroso a causa de simples objetivos políticos. Pensaba que todo estaba contaminado por el conflicto; en definitiva, por las ganas de joder.

¡Qué poco se necesita para crear una coordinadora, una plataforma, una asociación, un foro o cualquier tinglado de esos! En este país, el movimiento popular es más vivo que la más viva de las mareas. Con razón o sin ella. Bastan cinco minutos para que cualquier barrio, pueblo o comarca cree su organización de protesta. Se organizan, editan pasquines, hacen pancartas y se plantan durante años en el portal de la casa de uno como moscardones obstinados y molestos. No se rinden con facilidad. Convierten la protesta en una forma de vida, se vuelven pro-

fesionales de la pancarta. Me disgustaba saber que también Bego se había unido a aquel rebaño de plañideras. Resultaba incómodo para mí y, además, era inútil. ¿Acaso han conseguido alguna vez algo?

Debió de olvidar lo que solía decir cuando era joven, que criticar a las instituciones es algo endémico en este país y que para evitarlo, la única vía era pedir su opinión a la gente. Olvidó que en su juventud afirmaba que era muy saludable cuestionar todas las decisiones, comenzando por el gobierno, siguiendo por los ayuntamientos y llegando hasta las asambleas de barrio. Defendía que los administrados deberían controlar la actuación de los administradores. Que la responsabilidad política no se agotaba al introducir el voto en la urna cada cuatro años. Decía que no hay que dejar la política en manos de representantes, que todos debemos ejercerla, cada cual en el nivel que le corresponda.

Yo no estaba dispuesto a ceder. Me propuse llevar a cabo el proyecto por encima de cualquier oposición. Me mostré firme en todas mis apariciones públicas. Tenía a las instituciones, a todas, de mi parte, desde el gobierno hasta los ayuntamientos; salvo alguna excepción, evidentemente, porque siempre hay alguna excepción. Tan solo algún pequeño ayuntamiento se mostró contrario en sesión plenaria. En los otros municipios, a pesar de que la oposición votó en contra, las resoluciones fueron favorables.

A Jose, al Jose idealista de mi juventud, se le olvidó, en sus seis años madrileños, cómo es nues-

tro país, y que en este país construir una autopista, una central térmica, una planta incineradora de basuras e incluso un puente puede convertirse en un problema nacional. Tal vez sea porque le niegan su carácter de nación en el ámbito que le correspondería.

Las obras planteaban multitud de dificultades técnicas y yo no quería hacer algo mediocre. Le dediqué más tiempo que a ningún otro trabajo. No obstante, las presiones políticas me impedían trabajar con tranquilidad. No querían puentes. No querían que nada cambiara en aquel entorno. Si todos pensáramos así, aún seguiríamos pintando en las paredes de las cavernas y matando búfalos a golpe de fémur. La humanidad no habría avanzado. Los adelantos implican pérdidas, pérdidas aparentes, pero con el paso del tiempo se darían cuenta de que con cada cambio siempre se ha avanzado un poco. Y, además, es imposible dar marcha atrás.

Admito que no rompí con Jose. No estaba de acuerdo con la decisión que había tomado, pero no rompí con él. Hiciera lo que hiciese, yo no rompería nuestra relación.

Siempre he establecido una diferencia entre las personas y su forma de pensar, y es posible que me haya equivocado al hacerlo, pero no me arrepiento. En mi vida he querido a amigos que ideológicamente eran muy lejanos, y algunos de mis compañeros nunca llegarán a ser amigos. Eran personas miserables, afectivamente mezquinas, carentes de humanidad, y continúan siéndolo.

Hay una cosa en la que sí daría marcha atrás, en mi relación con Bego, con Begotxu. En aquel

momento no le pedí nada. Ahora sí, ahora le he pedido que viva conmigo... y ella no lo ve claro.

El tiempo, irremediadamente, coloca a cada cual en su lugar. No se puede volver atrás en el tiempo; además, a medida que avanza, veo más claro el pasado. Entonces le dábamos gran importancia a muchas cosas, y ahora está claro que solo un par de ellas merecían realmente la pena; pero nosotros, tan inocentes, les conferíamos a todas una relevancia absoluta. ¡Cuántos enfados, cuántas enemistades! ¡Qué diferentes se ven las cosas a posteriori! ¡Si hubiéramos podido evitar las muertes!

Pero estamos condenados a vivir siempre el presente, los dioses del tiempo no nos han revelado el secreto del crono. Podemos vivir horas en un segundo, y sentir que los minutos son interminables. Pero en el reloj, todas las horas tienen la misma duración, 60 minutos, 3.600 segundos, siempre, en todo lugar, en todo momento, inexorablemente. Y todas las horas se suceden, una tras otra, sin sobresaltos. Tan solo la imaginación puede transformar el tiempo.

No quiere mirarme. Tiene la vista fija en la taza de café. No responde a mi pregunta. Dice que el tiempo ha pasado. Demasiado tiempo. Que han sucedido muchas cosas. Que nada es igual. Tiene razón, no es igual, ni falta que hace. No me gustaría repetir los mismos hechos. Estamos mejor tal como estamos. Tranquilos. Libres. Ella y yo. Tenemos un nuevo tiempo ante nosotros. Es lo que me gustaría que entendiera.

Y ahora, Jose me dice que quiere reconstruir el pasado. Es consciente de que no puede variar

sus actuaciones políticas, pero dice que en nuestra vida privada las cosas pueden reconstruirse. Dice que podemos reescribir la historia, *empecemos desde el principio*, Bego, me dice, *situemos de nuevo nuestras vidas en la época en que teníamos trece o catorce años, y empecemos a andar*. ¡Como si eso fuera posible!

Quiero explicarle que las segundas oportunidades existen. No le estoy pidiendo pasión. No estoy hablando de amor adolescente, ni de enamoramientos. Lo que le propongo es sellar un pacto adulto, un pacto entre adultos. Acercarnos el uno al otro nos ayudaría a lamer las heridas del pasado.

Siempre me ha sorprendido ver lo simples que pueden llegar a ser. Los hombres, esos hombres que tan sabios son, que han guiado la historia, han levantado imperios, han inventado todas las artes, esos hombres que han creado cultura... qué poco saben de la vida, qué ilusos son respecto a los asuntos humanos. Desconocen lo que cualquier mujer sabe. Tal vez ellas no hayan construido imperios y son muy pocas las que aparecen en las enciclopedias, pero las mujeres saben que un hecho es susceptible de ser observado desde muchos puntos de vista. Saben que también es posible actuar como si no hubiera sucedido nada, a condición de fijarse más en la forma de vivirlo que en el hecho en sí. Saben leer la verdad en labios que mienten. Conocen el lenguaje de las miradas. Han aprendido a perdonar, porque necesitan creer. Pero no olvidan. Almacenan todas las mentiras en algún rincón de la mente. Y cada vez que surge una señal,

una sospecha de que la historia puede repetirse, las brasas arrinconadas se reavivan y hacen que se les enciendan las señales de alarma.

Le he dicho, humildemente, que podemos reescribir la historia de nuestra vida, desde el principio. Le he cogido la mano, que reposaba sobre la mesa, y la he apretado en mi palma. No la ha retirado. Pero la he sentido débil, inane, ¡como si hubiera podido adivinar el hilo de sus pensamientos!

¡Lo que hace el sentirse poderoso, piensan que el mundo gira a su alrededor! Piensan que tienen el poder de decidir qué debe hacer, decir y pensar cada uno. Están convencidos de que incluso pueden organizar el tiempo: convertir el pasado en presente. Algunos pueden llegar a pensar que también pueden dirigir los afectos de las mujeres, y les dicen, *algún día me querrás, ya lo verás*, ¡como si la rutina y la convivencia pudieran crear el cariño! Y algunas mujeres, al final, dan el sí porque piensan que de alguna manera han de responder a esa incesante demanda, o porque ese cuestionamiento las hace sentirse culpables, como si esa demanda continua las obligara a ofrecer algo.

Se le va cambiando la expresión. Cuando le he dicho que venga a vivir conmigo, en un primer momento no ha dicho nada, pero ha dibujado un tímido no con la cabeza, girándola levemente a ambos lados. Ahora ya no gesticula. Está atenta a mis palabras, así que, aprovechando su interés, le he repetido lo feliz que me haría si respondiera que sí.

Algunas mujeres, al enfrentarse a una situación así son incapaces de decir que no cuando él les

pregunta *¿por qué no sales conmigo? ¿Por qué?* Es una cuestión que no necesita argumentación. Porque sí. Ya está. Pero hay hombres que no entienden ese *porque no*. Y hay que demostrarles, con argumentos, por qué no les quieres. Es como obligar a un inocente a que demuestre su inocencia. A veces se puede decir que sí porque una se siente halagada de ser objeto de deseo. O por creer que ese interés mejorará la autoestima; en el fondo, ¡inseguridad!

¡Lo veo tan claro! No sé por qué no lo vi claro hace unos años. Quizás porque ahora valoro cosas que antes no apreciaba. Desde este nuevo punto de vista puedo enfocar de otra manera mi relación con Bego. Ahora lo veo todo clarísimo.

Creer que todo lo que han conseguido saber ha sido a fuerza de pensar, como si fuera fruto de un acto racional, y no se dan cuenta de que la mitad de nuestro conocimiento lo adquirimos a través de los sentidos, que los sentimientos son una fuente de saber. ¿Cómo van a saber nada si se niegan a escuchar, a tocar, a oler, a observar? ¿Así, cómo pueden pensar?

En cierta ocasión me recomendó un libro. Aún éramos jóvenes. No recuerdo el título: no le hice mucho caso. Me pareció aburrido, con poca acción y mucha reflexión. No le vi ningún interés. En ese libro un hombre entrado en años viaja desde el sur de Italia a Milán, a casa de su hijo. Los nietos y una mujer que acaba de conocer despiertan de nuevo sus ganas de vivir. El título tenía algo que ver con una civilización perdida, y si no me equivoco, también aparecía algu-

na escultura. Ahora leería a gusto aquel libro. No creo que me pareciera aburrido.

Hay gente que al final de sus días se da cuenta de que durante toda su vida ha equivocado el rumbo (más que equivocarse, que han sido demasiado rígidos). Se dan cuenta de que algunos valores, hasta entonces incuestionables, tal vez no sean tan fundamentales. Ponen en duda esa opinión inamovible. Durante toda su vida han marcado su rumbo basándose en las ideas, y en cierto momento se percatan de que hay pocas cosas importantes en la vida, y entre ellas no están ni el dinero, ni el estatus, ni que el equipo de uno gane la liga.

De lo poco que recuerdo, el campesino italiano conoce a una mujer en Milán y comienza una inesperada historia de amor. El último amor, la última mujer. Tiene cáncer y no vivirá mucho. La literatura puede ser muy real, a pesar de ser ficción.

A medida que pasan los años se dan cuenta de que el afecto es tan importante como mantenerse fiel a unos principios, saberse querido, ser alguien para tus hijos, tener a alguien con quien compartir la soledad; es decir, que esos valores tienen poco que ver con la ideología. En el momento de hacer balance se dan cuenta de que sus sentimientos han estado anestesiados durante casi toda su vida, y de que al final son los sentimientos los que le dan sentido.

Sí, Bego recuerda el título, *La sonrisa etrusca*, me ha dicho, de Jose Luis Sampedro. Todavía lo tiene en casa. Dice que ya me lo dejará un día de estos.

Algunos hombres, al final, aprenden todo eso. Las mujeres en cambio, lo saben durante toda su vida. Es sencillo. Por eso no rompí con Jose, aunque él y yo no pensáramos igual.